

ALFAGUARA



Rodrigo Rey Rosa

Imitación de Guatemala

Índice

Nota	9
Que me maten si...	11
El cojo bueno	127
Piedras encantadas	207
Caballeriza	287

Releerse a sí mismo no es necesariamente una experiencia agradable, aunque puede ser instructiva. No he corregido los textos más allá de lo gramatical y la eliminación de algunas líneas superfluas. No acometí ningún agregado; suprimí las dedicatorias. La tendencia a la llamada *autoficción* es gradual y un poco alarmante. La proliferación de rasgos autobiográficos puede resultar caprichosa; escribirlos se me hizo tan natural como necesario.

Que me maten si... es mi primera incursión en la ficción política —hecha el año en que volví a instalarme en Guatemala, después de catorce o quince años de vivir en el extranjero, poco antes de la firma de una supuesta paz—, y llegué a arrepentirme de ella, recién publicada, por su tono ligeramente tremendista. Hoy diría que de las piezas que componen este volumen no es la más malograda. *El cojo bueno*, escrita unos meses antes, en 1995, es un experimento quizá fallido (la influencia o el impulso cinematográfico es demasiado evidente: los párrafos hacen las veces de trozos de celuloide, que se han yuxtapuesto como en un montaje). Supongo que podría salvarla —al menos afectivamente— la extraña tesis del perdón que guarda y que se esboza apenas. *Piedras encantadas*, ejercicio evidentemente urbano, hoy me parece más «realista» que cuando se publicó, sobre todo en la representación de algunas estructuras del Estado y la «inteligencia» guatemaltecos. *Caballeriza*, que quizá debí suprimir (el cuarto número no me trae buena suerte), debe ser leída más en clave de farsa que como novela negra. Se hace lo que se puede y con lo que se tiene a mano.

Me complace, sin embargo, ver cómo en estas ficciones redactadas durante un punto de inflexión de la historia política de Guatemala, puede verse el carácter cíclico y cerrado que tiene todavía la historia social de una ex colonia española ya en plena era cibernética. El entramado y los personajes de 1980 o 1990 no funcionan de manera muy distinta de los de hoy. En muchos casos son literalmente los mismos.

—RRR

Ciudad de Guatemala, septiembre del 2013

Que me maten si...

Lucien Leigh

Era el 30 de mayo de 1996, en el pueblecito de Fernchurch, Inglaterra. Lucien Leigh, que había vivido más de ochenta y cinco años —casi la mitad de los cuales pasó entre extraños y en lugares apartados—, levantó una mano a su grande oreja izquierda para extraer un minúsculo audífono, sin el que le era prácticamente imposible oír. Se sentó, mirando el pequeño objeto, querido para él como alguna joya.

Era temprano por la tarde y el sol brillaba precariamente entre largas nubes aburridas. El pequeño invernáculo, adyacente a la casa, olía a flores. Respiró, y el aroma de las flores, que él había escogido para plantar allí, le trajo gratos recuerdos de largos viajes. Luego —tal como él sabía que de un momento a otro iba a ocurrir— su mente, aunque aguda aún para sus años, comenzó a nublarse. Sintió vértigo. Recuerdos borrosos de una vida que le parecía vagamente propia, vagamente ajena. Imágenes lúgubres: cabezas de muerto, fémures, cauces de ojos vacíos. «Este mareo —pensó— está durando demasiado». Había cerrado los ojos, y se guardó cuidadosamente el audífono en un bolsillo. Puso las manos en los brazos del sillón de mimbre, irguió la cabeza. Tenía que expulsar las visiones, hacer que se alejaran, que se fueran haciendo cada vez más pequeñas, hasta desaparecer en una distancia imaginaria, en una nada rojiza y no más espesa que sus párpados. Sabía cómo hacerlas desaparecer, pero era necesario hacer un esfuerzo, como cuando uno quería vencer algún miedo: apretar el cardias, esperar el brote de saliva amarga, que no se debía tragar hasta más tarde, producir un chasquido

con la lengua en la parte posterior del paladar, dejar salir lentamente el aire por la nariz, y entonces, tragar despacio. Y las imágenes se disociaban, se dispersaban, desaparecían.

Ahora podía abrir los ojos. Allí estaba, del otro lado del cristal, la gramilla verde y familiar, el comedero de los pájaros. Su esposa, la tercera, entró en el invernáculo, y una corriente de aire hizo variar levemente el olor de las flores.

—*Can you hear me?*

Él podía leerle los labios; dijo no con la cabeza. Vio la expresión de la mujer pasar de la impaciencia al enfado, y entonces se sacó el audífono del bolsillo y se lo colocó en la oreja. Era una invención prodigiosa, pensó. Uno de los contados adelantos debidos a la ciencia por el que sencillamente tenía que estar agradecido. Él siempre había estado a favor de las malas comunicaciones, los malos caminos... Quizá había vivido demasiados años: había sido inevitable envejecer.

Todavía estaba ajustándose el oído digital, que le haría percibir los sonidos como hacía muchos años: desde el crujido de la tierrecilla bajo la suela de sus zapatos, hasta el zumbar de una mosca, cuando la mujer siguió diciéndole:

—*It's Emilia... from London... says... Guatemala...*

No pudo leer todas las palabras, pero había comprendido por los gestos que algo terrible había ocurrido en Guatemala. Terminó de meterse la joyita en la oreja.

—*What?*

—*She's coming to see us* —dijo Nina.

—*Fantastic. When?*

La noticia era placentera, y no se sintió singularmente sorprendido. Él y Nina la habían invitado varias veces a venir a Inglaterra, y ahora ella estaba aquí. Guatemala para él quería decir complicaciones. Allí había perdido a su primera esposa. Allí había sido asesinado a sangre fría —«*Guatemalan style*»— un amigo querido. Le intrigaban los seres brutales, pero la brutalidad en este país era una

fuerza impersonal que se manifestaba aquí o allá, una fuerza fuera del control de los hombres, implacable y desinteresada. Emilia, cuando la conocieron, les había parecido un ser improbable. En medio de la especie de bruma moral en que vivía la clase adinerada, había logrado ver el aspecto oscuro y cruel de su entorno, y había decidido permanecer allí, con la esperanza de ayudar a cambiarlo. Era necesario tener buen estómago, pensaba.

—Mañana por la noche estará aquí —continuó Nina.

Poco después, él subió a su escritorio. Tenía que escribir una reseña para el *Times* sobre un libro de antropología de un autor francés, que todavía no había terminado de leer. Aunque el asunto (el concepto de hospitalidad entre algunas sociedades primitivas) le interesaba y el libro estaba lleno de ingenio francés, antes de llegar a la última página se quedó dormido.

El cojo bueno

Primera parte

I

La Coneja le había visto alejarse en el auto por la ventanita del vestíbulo, riéndose para sus adentros. «No es tan hombrecito», pensaba. Él, en su lugar, no hubiera dudado en darle un balazo, o un golpe en la nuca con aquel bastón. Probablemente tuvo la intención de hacerlo, pero se había rajado.

Después de apartarse de la ventana fue a servirse una copa de whisky al minibar, que estaba en un rincón de la sala, y regresó a sentarse en su sofá. ¿Y si Juan Luis había venido solamente a confirmarse en sus sospechas, para luego mandar asesinarlo?

«Tendré que esconderme otra vez», pensó con cansancio, y por su conciencia comenzaron a correr recuerdos del tiempo del secuestro. Se sentía culpable, pero sólo en parte. No había mentido al afirmar que la idea había sido del Horrible. No le había parecido mala, en principio. Su contribución más importante había sido contactar a Carlomagno y al Sefardí, a los que había conocido por casualidad, a éste en una fiesta de bodas, en una cantina de mala muerte a aquél.

Se había dejado arrastrar a la desastrosa aventura por imprudencia juvenil, y si la historia del golpe en el cerebro era invención suya, era cierto que el tiempo lo había transformado. Después de todo, había tenido un poco de suerte. Su mujer, aunque no era ninguna belleza, era realmente buena, y sus hijos le habían proporcionado muchas alegrías, le habían devuelto el amor a sus padres y a la respetabilidad.

Si Juan Luis se hubiera atrevido a matarle, pensó la Coneja con amargura, por lo menos le habría evitado

la zozobra que sentía al pensar que sus padres, o sus hijos, podían enterarse algún día de aquella historia. Si por lo menos se hubiera enriquecido... Pero era todavía más pobre que sus padres, y ésa era su mayor aflicción.

Había estado dispuesto a dejarse asesinar, ahora se daba cuenta. Juan Luis había sido incapaz de hacerlo, y la Coneja comprendió que no había sido por bondad, sino por un profundo desprecio. «Todavía podría mandar matarme —se repitió a sí mismo—. No me debo descuidar». Fue a la cocina a dejar la copa vacía en el lavaplatos y le dijo a la sirvienta:

—*Chi yoo sa li tenamit.*

—*Us* —respondió ella sin alzar los ojos de la tabla de cortar, donde estaba destazando una gallina.

La Coneja salió de su casa y se fue andando hasta el centro del pueblo, para usar uno de los teléfonos públicos del portal de la municipalidad. Marcó el prefijo de Cobán y el número de una cantina que estaba en la salida a Carchá y que pertenecía a Carlomagno.

—¡Vos, hombre! —exclamó la voz de éste—. Qué sorpresa oírte. Algo malo debe de estar pasando para que me llames —se rió.

—Adiviné quién vino a verme hoy.

—El Sefardí —dijo inmediatamente Carlomagno, y la Coneja percibió el sobresalto en su voz.

—Cerca —dijo la Coneja—. Juan Luis.

—¿Luna?

—Claro que Luna.

—¿Y? ¿Qué quería?

—Pues no sé. Yo quería preguntarte si no ha ido a verte a vos.

—No. Yo ni sabía que andaba por aquí. ¿No que vivía en África?

—Hace tiempo que regresó.

—¿Y cómo dio con vos?

—Por mi vieja.

—¿No la tenías advertida?

—Sí, más o menos. Pero ya no muy le atina, la pobre. Mirá, yo creo que aquél está tramando algo. Se me hace que quiere ajustar cuentas, después de tanto tiempo. Con lo del pie...

—No se le iba a olvidar. ¿Pero qué vamos a hacer?

—Estar avispas. Y comunicados. Yo voy a averiguar con los amigos de la capi si no hay alguna orden de captura a nuestro nombre o algún contrato, ya sabés.

—Pues manteneme al tanto.

—Y vos a mí también. Que no nos agarren dormidos, es lo principal.

—Y aparte de eso, ¿qué tal por Salcajá?

—Bien, gracias. ¿Y por Cobán?

—Pasándola. Mirá, acaba de entrar don Chusito y me está pidiendo una cerveza.

—Te dejo, pues, ingrato.

—Gracias por llamar.

Era curioso, pensaba la Coneja mientras caminaba del portal hacia la cantina a la vuelta de la plaza, que las relaciones con los otros fueran así: una serie de hilos cortados y reanudados en desorden, al azar. Carlomagno. Juan Luis. El maldito Sefardí. A éste sí que le gustaría matarlo, aunque ya no hubiera ningún dinero que recobrar. Pensó fugazmente en sus hijos. Hubiera querido darles una buena educación; haberse mudado a la ciudad de México, por ejemplo, o a Buenos Aires, como lo había soñado, en lugar de Salcajá.

Entró en la cantina, fue al mostrador y pidió una cerveza fría. Se la bebió de pie allí mismo, pagó y fue de regreso hasta el portal para hacer otra llamada, esta vez al despacho de un abogado, en la zona cuatro de la capital.

—Pedro, ¿cómo te va?

—Ah, Coneja. ¿Qué, otra vez en problemas?

—Pues sí, fijate vos.

—Qué es ahora.

—¿Te acordás del cliente aquel, para qué nombrar el nombre, de hace como once años?

—¡No! ¿Qué con él?

—Vino a verme, aquí a Salcajá.

—Y qué quería.

—Hablar.

—De qué.

—De todo aquello que pasó.

—Y vos lo complaciste.

—Pues sí.

—Pero qué mula sos, hombre. ¿De dónde me estás llamando?

—De Salcajá.

—No de tu casa, espero.

—No. Del portal.

El abogado colgó, o se cortó la comunicación, la Coneja no estaba seguro. Llamó de nuevo.

—No estoy para bromas, señor. —El abogado volvió a colgar.

Aquel lunes la Coneja, con el pretexto de visitar a su madre, viajó a la capital. Telefonó al abogado desde la terminal de los transportes Galgos, y se dieron cita en un bar del pasaje Rubio, cerca del Palacio Nacional.

El abogado lo aguardaba sentado a una mesita para dos al lado de la puerta, bajo una varilla de luz neón. Su piel era grasienta y pálida, tenía ojos de pescado y unos bigotes ralos le daban un aire de pícaro que parecía calculado.

—Hola, genio —dijo.

La Coneja dejó su maletín de viaje en el suelo y se sentó, con una sonrisa de culpable.

—¿Qué?

El abogado habló en voz baja:

—Cuántas veces te habré dicho que don Luna no se iba a dormir nunca, Conejita. Hasta la fecha, hay constantemente viajes de agentes especiales a Salcajá y a Cobán. Vos y Carlomagno están más controlados que yo. El

viejo no se cansa de pagar aunque sea sólo por el gusto de comprobar que la gente cambia muy poco sus hábitos. Te apuesto a que sabe cuáles putas te has cogido en Las Flores. El día que decida quitarse las ganas, puede hacerlo. Supongo que le han faltado pruebas concluyentes para hacer lo que quisiera. Pero si vos le contaste al hijo que...

—Sí —reconoció la Coneja—, fui una mula. Pero él ya lo sabía.

—Podés estar seguro de que todos los teléfonos públicos de Salcajá están picados. Te has dado por la boca, Conejita hueco.

—No, en serio, vos cerote. Y ahora, ¿qué voy a hacer? El abogado se rió.

—Defenderte, amigo, defenderte.

Bebieron de sus cervezas.

—Escondete algún tiempo —le aconsejó después el abogado—. Pero desde ya.

La Coneja miró su maletín, en el que no tenía más que dos mudadas, y se sintió deprimido al pensar que no podría volver a casa por algún tiempo. No se dejaría agarrar, a estas alturas. Las leyes habían cambiado. Hoy podrían fusilarlo por lo que había hecho más de diez años atrás. Esto le parecía injusto. Tendría que alertar a Carlo-magno; no le convenía que cayera. Iba a llamarlo al salir del bar, pensó.

—¿Tenés dinero para funcionar? —le preguntó el abogado.

—No.

—Pues sí que estás jodido.

—Prestame unos lenes, tigre.

—Unos lenes es justo —dijo el tigre—. Pero ya sabés, con interés.

—Gracias.

—Pasá más tardecito por mi oficina. Y ojo al águila. —Dejó un billete de cinco quetzales al lado de su cerveza vacía, se puso de pie y se despidió.

Piedras encantadas

Guatemala, Centroamérica.

El país más hermoso, la gente más fea.

Guatemala. La pequeña república donde la pena de muerte no fue abolida nunca, donde el linchamiento ha sido la única manifestación perdurable de organización social.

Ciudad de Guatemala. Doscientos kilómetros cuadrados de asfalto y hormigón (producido y monopolizado por una sola familia durante el último siglo). Prototipo de la ciudad dura, donde la gente rica va en blindados y los hombres de negocios más exitosos llevan chalecos antibalas. La metrópoli precolombina que financió la construcción de grandes ciudades como Tikal o Uaxactún —y sobre la que fue construida la actual— había alcanzado su auge económico a través del monopolio de la piedra de obsidiana, símbolo de la dureza en un mundo que despreciaba el uso del metal.

Ciudad plana, levantada en una meseta orillada por montañas y hendida por barrancos o cañadas. Hacia el sureste, en las laderas de las montañas azules, están las fortalezas de los muy ricos —una de las clases adineradas más ostentosas y burdas del planeta. Hacia el norte y el oeste están los barrancos; y en sus vertientes oscuras, los arrabales llamados limonadas, los botaderos y rellenos de basura, que zopilotes hediondos sobrevuelan en parvadas «igual que enormes cenizas levantadas por el viento» —como escribió un viajero inglés— mientras la sangre que fluye de los mataderos se mezcla con el agua de arroyos o albañales que corren hacia el fondo de las cañadas, y las chozas de miles de pobres (cinco mil por kilómetro cuadrado) se deslizan hacia el fondo año tras año con los torrentes de lluvia o los temblores de tierra.

No digas automóvil, tampoco coche (coche, aquí, dícese del puerco), sino carro; tu teléfono no es un móvil sino un celular; en las paredes aparecen pintas, en lugar de graffiti; una copa es un trago; la resaca, la cruda o el guayabo se llaman, en Guatemala, goma. Para subir al décimo piso de una «torre» —estás en el sector privilegiado— tomas el elevador. (Pero hoy no funciona.)

Aquí (casi) nada es como piensas. Mira a ese setentón adinerado. Su orgullo mayor es que vive solo y nunca llama por teléfono a nadie. Tiene —él mismo lo dice— corazón de piedra.

En las paredes de algunas casas de lujo, coronadas con rollos de alambre de púas, se lee: Buda hueco (homosexual); Piedras encantadas (el nombre de una temerosa pandilla infantil); Satán vive, Gerardi —mártir local de la memoria histórica— ha muerto.

En las dos casetas de comida directamente debajo de la torre de apartamentos Bella Vista, donde vives (una pintada de Coca, y la otra de Pepsi-Cola), hay música de mariachis y norteñas. Ya has protestado por el ruido, pero ahora sabes que la música no sale de las casetas sino de los carros de los clientes que se han estacionado allí cerca y...

No olvides que estás en Guatemala. Un carro se llama Raptor; otro, Liquid. Dicen que en una de las casetas venden polvo de coca y piedras de crack. Más vale no protestar.

Las ventanas de tu sala miran a la plaza de Berlín, al final de la avenida las Américas. En un mural de hormigón, en bajo relieve, están todavía los planos de Alemania dividida. Al lado del mural hay dos estelas mayas (de fantasía) sin labrar. En una, un niño dibujó con pintura negra otro niño —nótese la forma rectangular de la cabeza, que sugiere el corte de cabello militar, y el trapecio inferior que sugiere la sotana. En la otra estela, alguien menos imaginativo escribió hace tiempo, con caracteres enormes: FAR. Los amantes se besan y acarician aquí y allá —al borde de la pila, al pie de los guayabos y los pinos, en los carros aparcados en la

curva que circunda la parte alta del parque. Una banda de jóvenes vestidos con jeans de pata ancha, camisetas holgadas, zapatones negros reforzados con acero y gorras de béisbol, pasan corriendo al lado de las parejas, que interrumpen momentáneamente sus arrullos y caricias. (La gramilla, más abajo, está atravesada de senderos que se entrecruzan como en el campo. Allí has visto huellas de caballos, excrementos secos de caballo, envoltorios de caramelos, y preservativos usados.) Los jóvenes bajan corriendo por los senderos.

Telarañas de iluminación comienzan a brillar sobre la planicie que se extiende desde la parte baja de la ciudad hacia la fila de montañas y volcanes que impiden que se vea el mar. Podrías estar en otra ciudad —los autos son Toyotas, VW, Datsuns, Chevrolets, BMW, Fords— pero ¡mira las construcciones de nubes sobre aquel volcán!

(Una falsa intuición del infinito.)

Estás en la ciudad de Guatemala. No lo olvides.

Mira a occidente (desde la ventana de tu dormitorio en lo alto de la torre). Allí, a la orilla de un barranco habitado, termina la pista de aterrizaje del aeropuerto La Aurora. Al principio los rugidos de los reactores, que hacen temblar los cristales cada vez que se levanta un avión, el ruido de los autobuses que suben pujando por la cuesta de Hincapié, los ladridos del perro policía que cuida la milpa en el solar al otro lado de la calle («Esta propiedad NO se vende»), todas estas cosas (y las ansias de estar en otro sitio) creíste que iban a enloquecerte. Pero te has acostumbrado.

Te llamas Joaquín Casasola, y no te disgusta el sonido de tu nombre. Has vivido varios años en España, pero te tocó volver. Aquí tienes parientes ricos y amigos de la infancia, y eso —piensas, pero te equivocas— te facilitará las cosas.

Te has enamorado de tu prima Elena, aunque la acabas de conocer. Todavía te resulta un poco extraño tratarla de vos.

1.

De un sueño profundo y confuso —estuvo extraviado en una ciudad desconocida— lo sacó el sonido del teléfono inalámbrico que había dejado sobre un rimerero de libros al lado de su cama. Se oía, a lo lejos, un revuelo de helicópteros y aviones. Recordó que era un día de fiesta marcial.

—Hola, mi amor —dijo en falsete una voz masculina—. ¿Estás sola, puedo verte?

—Payaso —dijo Joaquín—. Qué me jodés. Qué horas son.

La voz se normalizó.

—Son las nueve pasadas. ¿Te desperté? Tengo aquello para vos. ¿Te llamo más tarde?

—No, no. Ya me estoy despertando. ¿Dónde estás?

—Llegando de Cobán. ¿Ya está listo el café?

Saltó de la cama y fue a la cocina a sacar jugo de naranja, tostar pan, rebanar una papaya y preparar el café.

Armando Fuentes era de Cobán (dicen que los de Cobán sólo comen y se van), donde ejercía como agente en el tráfico de cardamomo para los compradores árabes o, en los años de vacas flacas como aquél, en el comercio de frijol y maíz. Vivía con su mujer y dos hijos en las afueras de la cabecera provincial «en una calma monástica» —aparte de las aventuras que corría con sus amigos de la capital. Solía hacer el viaje de doscientos kilómetros un mes sí, un mes no. Se volvía a Cobán por la noche, después de hacer sus recados (y comer). Pero cuando estaba demasiado cansado o tenía especiales deseos de consumir alguna sustancia controlada o más alcohol de lo corriente,

se quedaba en casa de Joaquín o en la de algún amigo medio calavera como él.

Por el intercomunicador, el guardia del estacionamiento anunció la llegada de «un señor de Cobán». (Era un guardia nuevo, que aún no conocía a Armando por su nombre.)

—Sí, déjelo subir.

Armando le dio la punta de los dedos de una mano muy fría a modo de saludo y pasó a su lado con una mochila negra al hombro hacia la sala. Dando pasos rápidos y nerviosos, se dirigió al aparato de música. Dejó en el suelo la mochila y encendió la radio.

—¿Qué te pica? —le dijo Joaquín.

—No sabés lo que acaba de pasarme.

Sintonizó con una emisora de noticias.

—¿Qué? —le dijo Joaquín, y corrió el pasador de la puerta.

Armando se volvió para mirarlo, se pasó una mano por la cara pálida, con expresión angustiada.

—No lo puedo creer —dijo.

La voz del locutor era atiplada y nasal. Hablaba del derrumbamiento de un puente en las afueras de la ciudad. Joaquín dijo:

—Vamos a tomar ese café, que se enfría. —Se sentó a la mesa y sirvió el café.

Armando se quedó de pie, absorto, mirando a lo lejos por una ventana. Cuando comenzaron los anuncios publicitarios, se apartó de la ventana, bajó el volumen de la radio y fue a sentarse frente a Joaquín.

—Creo —dijo— que acabo de matar a un niño.

—¿A un niño?

—En las Américas. —Levantó el vaso de jugo pero volvió a dejarlo en la mesa sin beber.— Qué mala suerte, por Dios. Patojo estúpido.

Las noticias recomenzaron: la lista de condenados a morir en el nuevo módulo de inyección letal.

—¿Cómo? ¿Qué pasó? —quiso saber Joaquín. Entrelazó las manos sobre la mesa, sorprendido porque de pronto comenzaba a sentir un curioso desprecio por su viejo amigo.

El accidente había ocurrido a la altura de un restaurante chino, el Tesoro Imperial.

—Llegando a los Helados Pops —explicó Armando—. Un caballito de alquiler. Se me atravesó, a galope, simple y sencillamente así. No tuve ni siquiera tiempo de tocar los frenos.

Conducía una camioneta Discovery que, Joaquín lo sabía, estaba provista con un parachoques especial —de los llamados mataburros— en uso entre los finqueros guatemaltecos, diseñados para proteger sus autos en los caminos rurales, donde el ganado circulaba más o menos libremente; tenía, además, los vidrios velados —lo que estaba de moda también entre la clase automovilista desde hacía muchos años. (Detrás del vidrio negro podía haber un hombre armado.)

Según Armando, la posibilidad de que el niño se hubiera salvado era casi nula. Había golpeado de lleno al caballito, a una velocidad —dijo— de sesenta o setenta kilómetros por hora, y había visto al niño dar vueltas por el aire. Negó sombríamente con la cabeza cuando Joaquín le preguntó si no se le había ocurrido parar. Joaquín hizo una mueca —ésa era la reacción típica, el reflejo de los automovilistas guatemaltecos: no detenerse nunca, para evitar complicaciones.

—Pero Armando, mucha gente lo habrá visto, la Discovery es notoria, deben de tener tu número de placas. Yo creo que debiste parar.

Armando negó con la cabeza. Se puso de pie y fue a traer la mochila que había dejado junto al aparato de música. Sacó un envoltorio de papel periódico, lo dejó sobre la mesa.

Joaquín abrió el envoltorio: media libra de marihuana cobanera.

—Es para vos —dijo Armando—. Con eso encima, ¿habrías parado, ah? Y de nada —agregó.

—Gracias. Sentate. Vamos a desayunar. Hay que pensar con calma. La Discovery ¿tiene alguna señal?

—No. Creo que no.

Bebieron el café, y se quedaron un rato escuchando la radio, la emisión de las diez. No fue transmitida ninguna noticia del accidente.

Joaquín se puso a fabricar un cigarrillo. Después de dar dos o tres chupadas declaró que la hierba cobanera era excelente.

—No, no. —Armando se echó para atrás en su silla cuando Joaquín le ofreció el cigarrillo.— No sé cómo podés fumar.

Él no había matado ningún niño, pensó Joaquín. Expulsó el humo y dio una fumada más.

—Pase lo que pase —dijo un momento más tarde—, vos no me has contado nada, ¿okey?

—Por supuesto que no. Mano, qué voy a hacer. —Se agarró la cabeza con ambas manos y se quedó un momento con los ojos clavados en la superficie de la mesa.

—Vamos a dar una vuelta —dijo Joaquín—. A reconocer la escena, ¿te parece? Sólo me visto.

Se levantó y entró en el cuarto de baño. Mientras se duchaba, alcanzó a oír la voz de Armando: hablaba por su celular. Supuso que hablaría con su esposa. Luego le pareció que hablaba con uno de sus empleados. Joaquín apagó la ducha, para escuchar. Armando daba órdenes a su hombre de confianza: debía dar parte del robo (ilusorio) de la camioneta, que había desaparecido la noche anterior en Cobán.

«Vos les decís eso no más —decía Armando—. No nos dimos cuenta del robo hasta ahora. Eso es».

Cuando Joaquín salió del baño, Armando escuchaba otra emisión de radio.

—¿Nada? Pues tanto mejor —dijo Joaquín, a medio vestirse; se secaba las orejas. Recogió los platos para

ponerlos en el lavadero—. Yo tal vez pensaría en entregarme —dijo. Luego metió la mariguana en una bolsa de plástico y fue a guardarla en un cajón de su escritorio.

Mientras Joaquín terminaba de vestirse, Armando lavó los platos con rapidez.

Tomaron el ascensor hasta el sótano, donde aguardaba la Discovery.

El guardia del estacionamiento no estaba a la vista. Joaquín fue a revisar el parachoques de la camioneta. No había señales de ningún golpe en las defensas de hierro, ningún arañazo en la resplandeciente pintura de las aletas ni en la cubierta del motor. Se agachó para mirar por debajo del chasis, y tampoco allí descubrió indicio alguno del accidente.

Limpiándose las manos, volvió a enderezarse.

—¿No me estás pajeando, vos? No se ve nada. —Montaron en el Cavalier de Joaquín.— Son pajas, ¿verdad, pisado? Me estás baboseando.

Armando soltó una carcajada —no le quedaba otra cosa que hacer.

Caballeriza

Uno

A muchos escritores les pasó: en el momento menos pensado un desconocido se aproxima y les dice: «Debería usted escribir algo acerca de esto». Generalmente la operación no resulta, pero yo estaba en busca de algún tema para ponerme a escribir, y la idea me pareció interesante.

—Sí —le dije a mi interlocutor—, sólo que no conozco este mundo lo suficiente como para animarme.

—Eso no tiene que ser impedimento —respondió—. Yo sí lo conozco, y si quiere puedo ayudarle.

Estábamos en Palo Verde, una finca en las inmediaciones de Pueblo Nuevo Viñas, una zona de la Boca-costa del Pacífico oriental que yo desconocía. Acabábamos de presenciar un espectáculo de caballos andaluces (como se leía en las invitaciones), y la ocasión era el cumpleaños de un patriarca local, don Guido Carrión, que celebraba su octogésimo octavo aniversario.

En la década de 1960 mi padre, que anda hoy por los ochenta, había traído a Guatemala un semental andaluz de la cuadra de Álvaro Domecq —el Pregonero, todavía recordado en «el ambiente» como el primer purasangre español importado a la pequeña república. Así, en el amplio círculo ecuestre guatemalteco, a mi padre lo consideraban el precursor en materia de caballos españoles, y todavía le rendían cierta pleitesía. Eran pocos los espectáculos de aquella naturaleza a los que no era invitado, aunque hacía más de veinte años que no poseía caballos de pura raza, y unos quince que no montaba. En esta ocasión, al invitado le habían advertido que se trataba de un

evento en el que las esposas no serían bienvenidas, y estaba implícito que las únicas mujeres que asistirían eran las «edecanes» y alguna que otra amazona, de modo que a mí, único hijo hombre, me correspondía acompañarle.

Los caballos eran hermosos, los caballos eran muy, muy caros. El animador, que perifoneaba el evento con una ignorancia conmovedora, había cometido un desliz que provocó un rumor general: mencionó el precio de uno de los sementales, montado por una mujer, ganador reciente de un concurso internacional: cien mil dólares norteamericanos. Alguien debió de llamarle la atención, y luego, para sacar la pata, el hombre se puso a hablar de «el cariño y el amor que los caballerizos ponían en el cuidado y adiestramiento de estos maravillosos ejemplares». Era inevitable hacer la reflexión de que probablemente el costo de mantenimiento de una sola de aquellas bestias equivaldría a lo que ganaban diez mozos en un mes («Sin tener en cuenta la amortización de un animal así», como alguien observó).

Los caballerizos estaban uniformados con trajes festivos, imitaciones bastardas de la indumentaria campeña andaluza —con sombrero cordobés, botines jerezanos y demás— rematados con algún adorno local, como fajas típicas o borlas de Todos Santos. Los pequeños andaluces de imitación, con el físico de los campesinos de ascendencia maya, se veían aún más pequeños al lado de aquellos altos y fogosos caballos. Iban y venían y pasaban peligrosamente cerca de las patas de los potros y los sementales, por los que era evidente que sentían gran respeto y un comprensible temor. He aquí —pensé— la parte más amplia de la pirámide.

En la segunda capa de la pirámide estaban los hombres de seguridad. Muchos de ellos también hubieran podido vestir indumentaria quiché o tzutuhil sin llamar la atención, pero iban en traje de calle, tocados con el sombrero texano todavía en boga en las fincas de la región.

Casi todos llevaban al hombro escopetas recortadas y, al cinto, cananas con cartuchos de varios colores. Las armas relucían y parecían relativamente nuevas, y esto contrastaba con que algunos las llevaran colgadas con mecates de maguey.

Una capa más arriba supongo que estarían el animador, los músicos y las edecanes —una docena de jóvenes dedicadas a recibir a los invitados y servirles las primeras copas. Algunas de ellas parecían profesionales en ciernes, otras eran más bien tímidas, y resultaban prácticamente invisibles entre el grueso de los invitados, alrededor de trescientos hombres de todas las edades y descripciones.

Me pareció ver un rasgo positivo en aquel microcosmos de la sociedad guatemalteca en el hecho de que ahí, hermanados por las inclinaciones equinas, parecía que todos olvidaban cordialmente muchas diferencias —de clase, de profesión, de ideología o superstición— que en otras circunstancias habrían impedido que gente tan dispar se congregara de manera festiva. Seguía llegando gente (para coronar la pirámide) en jeeps de lujo con choferes y guardaespaldas de traje negro, en automóviles oficiales, en uno que otro helicóptero. Reconocí a personalidades de la política (dos o tres congresistas, un viceministro, un ex alcalde), de las altas finanzas y de la prensa. Había también finqueros de cepa o por herencias cruzadas, industriales, comerciantes, vendedores de seguros, médicos, veterinarios y algunos desocupados como yo.

La escasez de mujeres hacía pensar en una reunión de jeques árabes. Se diría que no llevar una pistola visible al cinto o bajo la axila era una falta de etiqueta —falta que parecía perdonable sólo a los muy viejos. Entre los jóvenes, muchos llevaban, además de la automática oscura y reluciente, algunas recámaras de reserva —como si esperaran que tarde o temprano se produjera un tiroteo y hubieran previsto el peligro de quedarse sin balas.

Mi padre y yo habíamos llegado a tiempo para ver el show desde el inicio. En un picadero techado, sobre unas tarimas de madera rústica, estaban el patriarca y sus íntimos sentados en sillas de plástico. Hicimos cola para subir hasta ahí. Al llegar su turno, mi padre obsequió al cumpleañosero con un caballito de porcelana, proveniente de la tienda de mi madre. Después de un breve intercambio de frases corteses con el anciano y sus allegados, mi padre y yo fuimos invitados a colocarnos, de pie, en un extremo de las tarimas, a la derecha del pequeño grupo.

En el picadero, los sementales y los potros —Favorito 27, Justiciero 33, el Duro II...— hacían sus números, mientras el perifoneador con su voz de trueno hablaba de futilidades, y luego se retiraban entre aplausos.

Estando tan cerca del cumpleañosero mi padre y yo, no nos fue fácil escapar a la procesión de invitados que seguían acercándose al estrado para felicitarlo. Hombres vestidos con ropa de marca y ostensiblemente armados se inclinaban para darle un abrazo o un beso y un regalo caro, o significativo —como la foto de su primer garañón en el momento en que desembarcaba (por medio de una grúa) de un carguero español en Puerto Quetzal. Después de esta breve ceremonia, y antes de ir a buscar asiento en un graderío improvisado en el picadero al aire libre junto al picadero techado, los recién llegados no podían evitar saludarnos a mi padre y a mí, lo que comenzaba a hacerse incómodo. Parecía inevitable que en una reunión como aquélla nos encontráramos con gente que no queríamos ver, y menos saludar: algún crítico detestable, un abogado que te engañó, el eminente médico que, por no faltar a una partida de golf, se negó a operar a un amigo. Para mi sorpresa, durante el desfile frente al cumpleañosero, era como si una amnesia momentánea nos asistiera; dábamos la mano y los buenos días a gente que temíamos o despreciábamos —o ambas cosas a la vez. Las edecanes, mientras tan-

to, distribuían bebidas, y los invitados intercambiaban bromas más o menos maliciosas y estúpidas.

A nuestras espaldas, detrás de una pared de bloques de menos de dos metros de altura, en un recinto cuadrangular con piso mitad de tierra, mitad de cemento, dos matarifes estaban descuartizando un cerdo sobre una mesa de hierro. Pequeños enjambres de moscas verdes y brillantes se levantaban de la mesa, sobrevolaban brevemente por encima de nuestras cabezas y luego regresaban al lugar de la matanza para posarse sobre excrementos, entrañas y sangre coagulada. Uno de los matarifes se puso a trocear la carne, mientras el otro removía en un caldero colocado sobre brasas la piel del cerdo, para convertirla en chicharrón. Los olores que comenzaron a flotar en el aire con el vapor del caldero no tardaron en provocar una cadena de flujos y reflujos de jugos gástricos.

Mi padre aguantó con bastante estoicismo la hora larga que duró el espectáculo, que terminó con un desfile de yeguas con sus crías. El animador dejó de hablar, y un pasodoble español empezó a sonar por los altavoces. Oí a mi padre respirar con alivio. «Si no sirven el almuerzo antes de las dos, nos vamos», me dijo al oído.

El cortejo de ancianos comenzó a moverse lentamente. Los más viejos, seguidos de cerca por sus guardaespaldas, se dirigieron con el cargamento de regalos recién recibidos hacia la casa principal de la hacienda, en lo alto de una pequeña colina a unos cien metros de los picaderos. Los demás fuimos a reunirnos con la masa de invitados bajo un extenso toldo de lona, donde las edecanes y los meseros empezaban a servir boquitas de frijoles negros, guacamol y los chicharrones recién preparados y calientes todavía.

Seguían llegando invitados. Nosotros habíamos estacionado en una plazoleta junto a un galpón, donde se guardaban el alimento caballar y los aparejos. Ahora la plaza estaba repleta de automóviles, casi todos 4x4 de lujo, varios de ellos blindados, y los guardaespaldas con

trajes oscuros y anteojos de sol hormigueaban por entre los vehículos. Los invitados que llegaban tarde estacionaban a ambos lados del camino de tierra que serpenteaba colina arriba desde una cañada sembrada con bambú colombiano, a la vista de dos atalayas de cemento armado con techo de lámina y troneras negras.

A lo lejos, hacia el noroeste, se veía el cono irregular del volcán de Pacaya. Montañas de nubes resplandecientes y algodonosas cambiaban de forma en un cielo tímidamente azul. El terreno ondulante plantado de cafetales y sus árboles de sombra, con filones color limón de las siembras de bambú, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El paisaje era plácido, pero la desgarrada música de corridos y rancheras que había comenzado a sonar a todo volumen, combinada con el whisky que fluía en abundancia y la presencia de tantas armas, me hizo concebirlo como escenario idóneo para un crimen pasional.

El hijo de un amigo de tiempos del colegio se acercó a saludarme, un poco sorprendido de verme ahí. Era un adolescente bien parecido, y él también estaba disfrazado de vaquero, pero no llevaba armas. No muy lejos de nosotros, dos capitalinos corpulentos se estaban dando un abrazo efusivo, y de pronto, cómicamente, comenzaron a dar pasitos de baile al son de la norteña que sonaba. Alguien gritó en tono burlón:

—¡Paguen cuarto, maricones!

Los dos dejaron de bailar y miraron a su alrededor, en busca de la voz ofensora, que no dijo nada más.

—¡Tené cuidado —gritó al aire uno de los insultados—, que por menos podríamos quebrarte el culo!

Hubo risas y el asunto, aparentemente, quedó olvidado.

—Para qué tantas pistolas en una fiesta como ésta —dijo el adolescente en tono de desaprobación—. Con lo borrachos que se están poniendo todos, no parece buena idea.

Sobre el autor

Rodrigo Rey Rosa nació en Guatemala en 1958. Después de abandonar la carrera de Medicina en su país, residió en Nueva York (donde estudió Cine) y en Tánger. En su primer viaje a Marruecos, en 1980, conoció a Paul Bowles, quien tradujo sus tres primeras obras al inglés. En su obra, traducida a varios idiomas, destacan los libros de relatos *El cuchillo del mendigo* (1985), *El agua quieta* (1989), *Cárcel de árboles* (1991), *Lo que soñó Sebastián* (1994), cuya adaptación cinematográfica dirigida por él mismo se presentó en el Festival de Sundance del 2004, y *Ningún lugar sagrado* (1998), y las novelas *El cojo bueno* (Alfaguara, 1995), *Que me maten si...* (1996), *La orilla africana* (1999), *Piedras encantadas* (2001), *Caballeriza* (2006), *El material humano* (2009), *Severina* (Alfaguara, 2011) y *Los sordos* (2012). Ha sido traductor de autores como Paul Bowles, Norman Lewis, Paul Léautaud y François Augiéras. Su obra le ha valido el reconocimiento unánime de la crítica internacional y el Premio Nacional de Literatura de Guatemala Miguel Ángel Asturias en el 2004.